

## EL ESCARABAJO

Javier era una persona brillante, de esas que destacan no sólo sobre la media. Se había graduado sin apenas esfuerzo en Ingeniería de Telecomunicaciones aprovechando su tiempo libre para obtener una segunda graduación en Ingeniería Electrónica, Robótica y Mecatrónica, ambas en la Universidad Politécnica de Madrid.

Al finalizar las dos graduaciones en tan sólo cuatro años, hizo un máster en Ingeniería de Sistemas y de Control, máster inter-universitario impartido por los departamentos de “Informática y Automática” de la Politécnica, y el de “Arquitectura de Computadores y Automática” de la Complutense de Madrid, además de comenzar a trabajar, mientras cursaba el máster, en el *SatCen (European Union Satellite Centre)*.

Javier, era alto y bien parecido, fuerte y atlético, y a pesar de lo que pudiera llegar a pensarse, su proceder era muy normal, le gustaba practicar el baloncesto y lo hacía a menudo, sabía vivir la vida y le gustaba viajar, salir con los amigos y probar cosas nuevas, pero sobre todo sabía distribuir el tiempo y por eso lo había aprovechado tan bien.

Durante el confinamiento en su casa de campo, seguía avanzando en su trabajo, desarrollando la fase de concepción, análisis y diseño de equipos de múltiples robots mediante la definición de un conjunto de protocolos de comunicación basados en aspectos relacionados con la sensórica. No le gustaba mucho hablar de ello, ya que los chinos principalmente y los americanos andaban tras los estudios del *SatCen*.

Aquella noche, cuando se tomó un descanso, salió al porche de la casa. Era una noche de la mejor primavera que recordaba entre todas las primaveras de su vida. El aire se movía con esa suavidad que acariciaba su piel de tal manera que le hizo recordar aquella noche en Papeete, en el lugar más alejado de todos los continentes de la tierra. Javier conoció a Pauline allí mismo, en la Polinesia Francesa.

Apagó todas las luces excepto la del farolillo que había bajo el toldo de brezo. Se sentó en la mecedora y se deleitó con el olor de las glicinas, que le transportó, sin saber por qué a Hallstatt, a la quietud de su lago, al blanco florecer de los edelweiss y a la magnífica aguja de la torre de su iglesia parroquial evangelista. Lo recordaba como la mejor y más bonita estampa que jamás había visto de un pueblo.

Entonces miró a la inmensidad del espacio. La ausencia casi total de contaminación hacía que se vieran las estrellas y los planetas con una nitidez que no recordaba. Ahí estaba Marte, con su brillo anaranjado. El hombre había pisado la Luna hacía ya mucho tiempo, ahora le tocaba al planeta rojo ser colonizado.

Pensaba en la grandeza del hombre, la criatura más evolucionada del planeta y posiblemente de la galaxia. El hombre tenía que seguir su camino de progreso, de

colonización, pero ahora toda la humanidad se encontraba confinada, encarcelada por un microorganismo y sometida a su aleatorio capricho.

El sonido de algo golpeando el cristal del farolillo y después el suelo le llamó la atención. Había sido un golpe no excesivamente fuerte, pero amplificado por la forma de campana del cristal del farol. Miró hacia donde estaba el farol y vio en el suelo un escarabajo de 3 centímetros recomponiéndose del golpe. Era un escarabajo batanero, un *Polyphylla fullo*, lo reconoció enseguida por las motas oscuras, parduzcas sobre sus élitros de color blanquecino.

Javier se quedó absorto mirando al coleóptero que paseaba errático por el pavimento de cemento del porche. Esto duró unos cinco o seis minutos. Entonces el insecto se paró, desplegó sus élitros, abrió sus membranosas alas y voló produciendo un peculiar zumbido.

Javier sintió envidia. Aquel ser tan diminuto y tan débil le produjo una envidia como nunca había experimentado. Se sintió insignificante, el insecto disfrutaba de toda la libertad que el ser humano con su grandeza y complejidad no podía tener. El ser humano ya no era la criatura que culminaba la evolución, no era lo más grande sobre la galaxia, ¿cómo iba el ser humano a ir a Marte si ni siquiera podían alejarse a más de cuatro pasos de su casa sin exponerse a la enfermedad o incluso a la muerte?

Entonces descubrió un nuevo significado de la palabra amor. Descubrió que algo, en lo que él había creído toda la vida tenía que ser algo mucho más profundo y mucho más extenso. Descubrió la magnitud de todo lo demás, del significado de su existencia, del valor de los lugares en los que había estado, de la grandeza del espacio con sus miles de millones de galaxias llenas de miles de millones de estrellas, y de la grandeza de los miles de millones de seres vivos que podrían existir en todos y cada uno de esos lugares, seres vivos diminutos y gigantes, todos tan diferentes y sin embargo todos tan iguales, seres que jamás veremos y que sin embargo propician el movimiento hacia el equilibrio del sistema y por desgracia hacia su muerte entrópica. Pensó en que además de todas las especies que en la actualidad existían, muchos millones de especies más habían poblado los planetas, especies que habían evolucionado, especies que habían desaparecido, especies que ahora dominaban sus mundos y que algún día según capricho de su madre naturaleza desaparecerían. Pensó en la naturaleza como un proceso que debemos mantener y no como un estado que debemos conservar, pues en sí misma la naturaleza es cambiante en su viaje lógico de búsqueda del equilibrio que paradójicamente la matará.

Descubrió lo que en realidad era el amor por la naturaleza, descubrió que el ser humano tiene la obligación de no interferir en su continuo movimiento, y debe moderar su soberbia en un acto de la más sumisa humildad.